

4

DISCURSO INAUGURAL

pronunciado en la apertura solemne

DE LA

ACADEMIA DE MEDICINA DE GRANADA

en el dia 11 de enero de 1857,

POR

EL DOCTOR D. JUAN CREUS Y MANSO,

*Socio de número de la misma y Catedrático
de la Universidad literaria.*

GRANADA, 1853.

Imprenta y libreria de D. José Maria Zamora.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:	C
Estante:	001
Exemplar:	100 (4)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

R. 29237

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO EN LA APERTURA SOLEMNE

DE LA

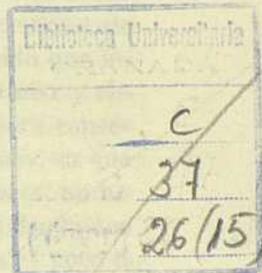
Academia de Medicina de Granada

EN EL DIA 11 DE ENERO DE 1857,

por

EL DOCTOR D. JUAN CREUS Y MANSO,

Socio de número de la misma y Catedrático
de la Universidad literaria.



GRANADA, 1853.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Numero:

100 (4)

R. 29237

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO EN LA APERTURA SOLEMNE

DE LA

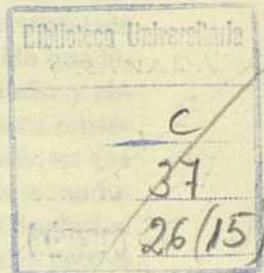
Academia de Medicina de Granada

EN EL DIA 11 DE ENERO DE 1857,

por

EL DOCTOR D. JUAN CREUS Y MANSO,

Socio de número de la misma y Catedrático
de la Universidad literaria.



GRANADA, 1853.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA.

6733

DISCURSO INAUGURAL

LEONARDO DE LA FUENTE

DE

Academia de Medicina de Granada

en el día 11 de Enero de 1857.

por

EL DOCTOR D. JUAN GREGO Y BARRIO.

Socio de número de la misma y Colegiado de la Universidad Literaria.



GRANADA, 1857.

Imprenta y Librería de D. José María Ximénez

Señor.

La voz imperiosa del deber llama en el día de hoy á dirigiros la palabra al último entre todos vosotros: y en verdad que solo ella seria bastante para vencer el natural temor de quien, escaso de edad y de ciencia, ha de ocupar la atencion de este elevado cuerpo científico, que inaugurando sus tareas anuales, abre sus puertas á una escogida reunion de profesores ilustrados, ante cuya presencia respetable el ánimo mas esforzado decae y la capacidad mas vasta se encuentra insuficiente. De vuestra ilustracion pues y de vuestra bondad espero la indulgencia, que mas que nadie merece el que cumple con una obligacion reglamentaria.

El estenso campo de la Medicina, tanto y tan fructuosamente cultivado en todas épocas, se ofrecia todo entero á mi vista al elegir materia á propósito para este pequeño trabajo; y ciertamente que esta dificultad no ha sido la menor con que he tenido que luchar al comenzarlo. Ocupados constantemente en el estudio y observacion de las enfermedades que afligen al hombre, para conseguir prevenirlas ó curarlas; debatiendo difíciles problemas, en que va envuelta la vida, la honra ó el porvenir de los hombres, no he juzgado conveniente tratar en esta solemnidad científica de objetos que todos los dias os llaman la atencion, y sobre los cuales poco ó nada bueno debiais esperar de mi escasa práctica y limitados conocimientos. Bisoño todavia en el arte médico, prefiero continuar recibiendo lecciones de vuestra ilustrada experiencia, á erigirme en maestro de quienes me preceden en el glorioso camino del templo de Esculapio. Empero la lectura de algunos pasajes esparcidos en diferentes escritos acerca de las ciencias naturales, y en particular de la Medicina, me ha sugerido la idea de ensayar algunas reflexiones generales sobre el arte y la ciencia médica en sus relaciones mútuas y con la moral. Feliz yo si acierto á interpretar con fide-

dad los juicios que acerca de objetos tan interesantes ha formado vuestra mente, y mas todavia si consigo fijar algunos puntos de partida, que puedan servir de mira á ingenios mas elevados, para establecer las bases del adelanto y perfeccion científica y artistica de que tanto necesitamos. Si alguno de estos objetos consiguiera, satisfechas quedarian en verdad mis humildes aspiraciones.

No es preciso en el dia como lo ha sido en otros tiempos, y mucho menos en este santuario de la Medicina, empezar combatiendo el error de los que, ignorantes ó mal intencionados, han negado á nuestra ciencia el carácter de tal, que con justicia le corresponde. El conocimiento de las verdades hipotéticamente necesarias; ó de otro modo, el conocimiento de lo que tienen de comun los hechos médicos, en los cuales prescindimos de la individualidad, para fundar la nocion de lo general, asigna á la ciencia médica un lugar distinguido entre las naturales, formando un importante ramo de la Biología, interesante parte de lo que algunos llaman filosofia positiva. Y como es propio de la sabiduría infinita que rige el mundo, establecer leyes invariables, en virtud de las cuales, dadas las mismas causas en igualdad de circunstancias, se han de repetir los mismos efectos, tiene indudablemente la Medicina aquel otro carácter científico, la *prevision*, en cuya virtud, no tan solo nos es dado conocer lo existente, sino que adelantamos en el porvenir. Estos dos caracteres bastan pues para afirmar que la Medicina es ciencia, y para señalarla como tal el lugar que le corresponde.

Todas las ciencias, desde la Teología á la Mineralogía, son digno objeto de la inteligencia del hombre, que corre ansioso tras la verdad, para unirse á ella con fuerte vinculo; y, aparte de la satisfaccion de esta necesidad que proporcionan á nuestra alma, y por cuyo solo motivo las ciencias existirian y deberian estudiarse, la elevacion de los objetos sobre que versan, les dá mayor nobleza é importancia á medida que ellos son mas elevados y nobles. Por eso la ciencia de Dios es y ha sido siempre la primera; la ciencia del destello de la divinidad, que nos anima, sigue á ésta en interés é importancia, y por esta graduacion podemos descender hasta la vida del hombre.

Ademas del grande interés que todas las ciencias inspiran, por el objeto de qué se ocupan, que es la adquisicion de la ver-

dad, son muchas de ellas el fundamento de artes de mayor ó menor utilidad, y tanta, que á veces, como sucede en nuestros tiempos, se les tiene consideracion y aprecio por muchos, tan solo en vista de la utilidad del arte que de ellas se deriva. El arte médico, que nos dá reglas para prevenir, curar ó paliar las enfermedades, ó lo que es igual, para hacer que la vida humana sea lo mas larga y libre de molestias posible, se nos presenta como una de las mas útiles y elevadas, hasta el punto de que, al contrario, de lo que en otras se verifica, la Medicina vale y representa mas como arte que como ciencia. En efecto: es muy curioso y ofrece vivísimo interés el exámen de las condiciones materiales necesarias para la vida; el del crecimiento y desarrollo de los seres que de ella disfrutan; el de los cambios que entre ellos, y el mundo que los rodea, continuamente se realizan; el de las variaciones que por efecto de las edades en ellos sobrevienen; el de las causas que, alterando su ordinario modo de ser, producen las enfermedades, y por fin, el de los agentes que, neutralizándolas, pueden destruir mas ó menos completamente sus efectos: magnífico es en verdad el horizonte que la ciencia nos abre, y de gran valor é importancia las deducciones que el sabio saca para lo porvenir de los datos anteriores y actuales que su estudio ofrece. Este solo resultado, puramente teórico y científico, mereceria por si solo las tareas y fatigas de tantos y tantos hombres ilustres, cuyo legado poseemos, y no es en verdad inferior á lo que en la ciencia de Newton nos asombra; á lo que llenó de gloria los célebres nombres de Buffon y de Cuvier.

¶ Pero todo esto se oscurece y pierde de importancia cuando lo comparamos con la parte práctica y artística del objeto de nuestro estudio. Si nos interesa resolver los difíciles problemas de la vida en su íntimo desarrollo; si el organismo humano, con toda su admirable complicacion, forma una de las importantes partes de nuestras investigaciones; si hacemos con tan prolijo esmero el análisis y síntesis de las funciones del *microcosmo*; si nos afanamos por descubrir en el frio despojo de la muerte las alteraciones anatómicas; si en la Física, la Química y en la Historia natural, son, por decirlo así, ilimitadas nuestras correrias; y por último, si la observacion minuciosa de las enfermedades es nuestra constante ocupacion; menos que el deseo de saber por satisfacer nuestra inteligencia,



nos anima otro nobilísimo y elevado impulso, que es nada menos que la salud y la vida del hombre. El arte médica, por cuya virtud nosotros podemos evitar las enfermedades, destruirlas, ó alargar la vida de nuestro hermano, que yace en el lecho del dolor, se sirve como de pedestal del inmenso caudal de la ciencia: los sagrados derechos de la humanidad que sufre, son el fundamento y origen de la dignidad de la Medicina, don precioso del cielo, enviado á los hombres para hacerles mas llevadera su peregrinacion en esta vida mortal.

Lo sagrado del objeto á que la ciencia y arte médica aspiran, imponen á los que la ejercen deberes imperiosos, que no tienen en verdad distinto origen que todos los demas deberes, que no proceden de distinta moral, porque la moral es una. Pero siendo tan especial la mision que el médico desempeña; tan diversas las circunstancias en que puede hallarse, y tan multiplicadas las relaciones con los demás hombres en que su posicion le coloca, está justificada la denominacion moral médica que algunos rechazan, ciertamente por no haber reflexionado bastante estas razones especiales.

Quando abrimos las páginas de la historia de la Medicina, y en ellas recorremos la marcha que ha seguido el entendimiento humano al averiguar sus verdades; si pasada la primera desagradable impresion que en nosotros produce tanta diversidad de opiniones y juicios, tanta variedad en las aplicaciones prácticas, nos paramos á reflexionar acerca de su significacion, asalta á nuestra inteligencia una duda terrible: ¿si existirá la ciencia? nos preguntamos con sobresalto. Si despues de haber frecuentado las escuelas, y escuchado las lecciones de nuestros maestros, juzgamos sus distintas opiniones y doctrinas, y, lanzados á la práctica, examinamos los varios *modos facienti* de nuestros compañeros, no podemos menos de preguntarnos con zozobra acerca de la eficacia y provecho de los agentes que nuestro arte emplea. Si esta primera duda surge por desgracia en un espíritu poco severo en la formacion de los juicios, y si el saber incompleto ó la ciega ignorancia prestan los elementos al raciocino, una negacion rotunda de la ciencia y del arte será la consecuencia inevitable. El vulgo ignorante de todos los tiempos y aun algunos desgraciados médicos han caido en este

gravísimo error: despreciando el primero á la Medicina y á sus ministros, aunque acudiendo á ellos al sonar la hora del peligro; burlándose los segundos de cuanto hay de mas sagrado al ejercer un ministerio engañoso, ó abandonándolo totalmente, si oyen por fortuna los clamores de su conciencia. El escepticismo médico, cuya base acabamos de enunciar, tiene aun en nuestros tiempos algunos sometidos á su influencia, y justo será que, tan rápidamente como el sitio y la ocasion nos lo permiten, deshagamos su aparente solidez.

Necesario es ante todo distinguir en nuestra ciencia, lo mismo que en todas las naturales ó de observacion, tres cosas fundamentales y distintas: los hechos que sirven de materiales, las leyes que los rigen, y las fuerzas bajo cuya accion se verifican. Ahora bien: en medio de la contradiccion que aparece como fundamental entre las varias teorías científicas, si reflexionamos mas atentamente, observaremos que, respecto de los hechos y de las circunstancias en que se presentan, no hay entre los ilustres médicos cuyas obras admiramos, divergencia positiva. Desde Hipócrates hasta Broussais y Rasori, no hay mas diferencia que la que exigen los descubrimientos, que en la sucesion de las edades han venido acumulándose en el rico tesoro de la ciencia. Las multiplicadas relaciones que los hechos tienen entre si, y las diversas circunstancias que les dan vida y modifican, sobre todo tratándose de enfermedades, privilegiado campo de nuestra observacion, hacen difícil el juicio que se forma sobre las leyes que rigen su aparicion y desaparicion; y aqui comienza la divergencia entre los autores, que sube de punto si todavia queremos elevarnos á mayor altura, descubriendo las fuerzas que dominan todos estos movimientos y manifestaciones. Luego la base reconocida por todos, los hechos y las circunstancias en qué se verifican, no tan solo es sólida y constante, sino que ha venido en progreso hasta nuestros días, y debemos esperar que el trascurso de los tiempos la aumente y perfeccione cada vez mas.

Sin negar que las consideraciones mas elevadas á qué han llegado todos los médicos, aun los que mas alarde han hecho de despreciar las teorías y las hipótesis, han sido el campo en que han aparecido las contradicciones y divergencias, que mas nos llaman la atencion al estudiar la historia; y concediendo que los llama-



dos sistemas se encuentran frecuentemente en completa oposicion, debemos advertir ante todo que en otras ciencias se halla tambien una oposicion semejante, sin que por eso haya ocurrido nunca á ningun entendimiento sensato negarlas. ¿Han sido siempre las mismas en Física y Química las teorías é hipótesis que explican los hechos de su dominio? ¿Están por ventura conformes hoy todos los autores sobre el valor de ciertos hechos y doctrinas, á pesar del admirable grado de exactitud á que estas ciencias han llegado? ¿No difieren entre sí los naturalistas acerca de los principios de clasificacion de los animales y de las plantas y sobre las teorías geológicas y cosmogónicas? ¿Se han encontrado por fin acordes, ó se encuentran en el dia, los hombres eminentes que han tratado de la sublime ciencia del entendimiento humano? Ved, Señores, si es exacto cuanto habeis oido: contemplad las luchas y cuestiones, las teorías, sistemas y métodos que han dividido siempre, y hoy dividen, el campo de estas y de otras ciencias: estended, si quereis, vuestra reflexion á las artes que de ellas dimanar, llenas de las mismas contradicciones y procedimientos vários, y decidme despues si no es una injusticia marcada atribuir á la Medicina lo que es patrimonio de las ciencias en general, ó mas bien lo que es patrimonio de la razon humana, que si consigue alcanzar la verdad, es solo despues de haber abrazado repetidas veces el error en su camino. En el término y perfeccion de todas las ciencias, no deben encontrarse mas que verdades: ¿cuál podrá lisonjearse de haber tocado ya esta meta apetecida?

Si despues de estas apreciaciones generales, descendemos á los pormenores relativos al estado de nuestros conocimientos, encontraremos que la anatomia general, descriptiva y topográfica, han alcanzado una perfeccion en nuestros dias, que permite conocer con exactitud matemática el sitio donde existen nuestros órganos, su estructura y relaciones próximas y remotas. La parte de la ciencia que enseña las funciones de estos órganos, nos presenta resueltos ya del todo muchos problemas interesantes, que han agitado á los fisiólogos por largo tiempo, y en via de solucion otros muchos de no menor interés. Cierto es que no conocemos aun con la perfeccion deseada cuanto hay que saber en el juego admirable del complicado organismo humano; pero no lo es menos, que con

los auxilios de la Física y de la Química se han vencido ya en nuestra época grandes dificultades, y se van ensanchando cada vez más los límites de nuestros conocimientos positivos. La acción de los modificadores que por todas partes nos rodean, es de nosotros suficientemente conocida, para que con su apoyo establezcamos en datos seguros la higiene, y con aplicación á las varias condiciones de los individuos, podamos preveer los ataques que la vida y la salud han de experimentar en determinadas circunstancias. No podemos lisongearnos por desgracia de que la patología y la terapéutica hayan alcanzado ya un grado de perfección igual al de las demás que hemos indicado. La multiplicidad y oscuridad de muchas causas; lo variable de ciertos fenómenos morbosos, y la poca frecuencia de muchas enfermedades; lo difícil de establecer con exactitud la sucesión y dependencia que entre sí tienen, y por fin, la mayor de las dificultades, la que se refiere á la acción terapéutica de los remedios, son otras tantas rémoras que esplican el diferente grado de perfección que se advierte entre unas y otras. Hay, sin embargo, aun en estos terrenos difíciles gloriosas conquistas de impeccedero valor; descubrimientos incontestables y generalmente admitidos; enfermedades completamente conocidas, no solo en cuanto á su origen, desarrollo y terminaciones, sino tambien en su método curativo.

La Medicina, pues, como ciencia existe, y ni aun sombra de duda pueden abrigar hoy sobre ello los espíritus imparciales. Tiene un grande caudal de hechos esplicados y comprendidos; de verdades completamente adquiridas y que cada día aumentan, sin que los nuevos cambios alcancen á destruirlas: tiene otra porción de hechos y verdades incompletamente apreciadas y juzgadas, que son otras tantas incógnitas que nosotros y nuestros sucesores estamos llamados á despejar. Como todas las ciencias humanas, ha pasado por diferentes fases, admitiéndose en ellas como cierto ó más ó menos probable, lo que investigaciones ulteriores destruyeron ó confirmaron, y adquiriendo sucesivamente, á costa de inmensos esfuerzos de sus laboriosos cultivadores, un fondo indestructible de conocimientos, que el agitado mar de las discusiones y controversias no disminuye, si nó que aumenta en cada una de sus amenazadoras oscilaciones.

Entre los hechos que á la Medicina sirven de materiales, los que se refieren á la enfermedad, á sus causas y tratamiento, fueron los que llamaron la atencion de los primeros observadores: solo al cabo de algun tiempo se presentaron á su espíritu las hipótesis y generalizaciones, de las que tanto menos se debia esperar entonces, cuantos mas elementos indispensables faltaban para que la ciencia pudiera legítimamente establecerse. Era sin embargo apremiante la necesidad de restaurar la salud perdida, y de emplear algunos medios para evitar la accion perturbadora de los agentes morbíficos; y he aquí el arte médica, informe en su principio y modesta como todas las demás, sin otras reglas que las del instinto, sin otros medios que los que mas inmediatamente se hallaban al alcance del hombre enfermo ó de sus amigos. Nada de comparacion al principio, nada de generalizacion, nada de ciencia en una palabra. Pero euando mas adelante se fué haciendo el arte médica patrimonio de ciertas familias ó profesiones, y ocupados los individuos de un modo principal ó esclusivo en cuidar de los enfermos, no pudieron menos de reunir entre sí los hechos semejantes y comparar los que lo eran menos, adquirieron así nociones teóricas, que esplicando lo pasado y lo presente, autorizasen para prever lo porvenir. Y ved aquí como desde los primeros tiempos de nuestra ciencia, ha sido una verdad el dicho de Bichat: «Todos los sistemas médicos han refluído sobre la terapéutica.» Tenemos, pues, el arte, que recoge y presenta los hechos, y la ciencia, que despues de reunirlos y esPLICARLOS, prevee y dirige á su vez los procedimientos artísticos. Se comprende, segun esto, sin esfuerzo, que las teorías médicas legítimas, ó lo que es igual apoyadas en los hechos, constituyen la verdadera ciencia, dirigiendo al arte en sus operaciones; y quizás os sorprenda, Señores, porque aparece á primera vista como una flagrante contradiccion el afirmar que el arte en general ha sido hasta cierto punto independiente de los llamados sistemas médicos, no solo para la multitud, sino hasta para sus mismos inventores y propagadores entusiastas.

Recordad lo que ha poco os decia hablando de la ciencia: tened presente que he establecido, y me lisonjeo de vuestro asentimiento, que en medio de tanta diversidad de doctrinas é hipótesis como embarazan su campo, ha quedado siempre de todas ellas una es-

pecie de fondo comun, que ha venido aumentándose lenta y sucesivamente; pero de un modo constante, y sobre el cual no tienen accion destructora los embates de las nuevas doctrinas; siendo por lo tanto una consecuencia legitima á priori, y demostrada por la historia en gran parte, la de que el arte ha permanecido invariable y extraño á todos estos trastornos de la ciencia. Tampoco debemos olvidar que algunos de los sistemas médicos recogidos y conservados por la historia, mas bien que por la boga que tuvieron, por el renombre de sus autores; que otros de vida tan corta, que ni aun fueron universalmente conocidos, y otros, por último, por estar en lucha constante con sus contrarios, no pudieron influir lo bastante en la práctica del arte, para que desde el punto de vista en que estamos colocados, les demos importancia. La verdad es, segun nos lo demuestra la época en que vivimos, que la mayor parte de los llamados sistemas, en lo que tienen de exagerado y esclusivo, ó mas bien en lo que no estan rigurosa y estrictamente fundados en la observacion y el arte de discurrir, no son seguidos y practicados en sus aplicaciones artísticas, sino por un corto número de adeptos, alucinados por la palabra del maestro, y faltos del sentido comun, que en filosofia como en Medicina, y en todas las ciencias, rechaza instintivamente lo que una severa lógica no puede admitir. Permitidme citar á este propósito las palabras de un eminente autor contemporáneo (1). «Mientras que la filosofia, sin retroceder jamás, insiste en la averiguacion de los problemas elevados que se propone la inteligencia humana, y viene á parar á soluciones, con frecuencia contradictorias sobre todos estos puntos, el buen sentido, la intuicion oscura, pero cierta de la humanidad, no titubea en ninguna de estas cuestiones, y se forma sobre cada una de ellas una creencia inalterable. Lo mismo en Medicina: mientras que algunos hombres dotados de una inteligencia altamente reflexiva, obedecen al instinto científico, que les impulsa á salir de los límites de la observacion, é intentan constituir realmente por atrevidas sistematizaciones, la generalidad de los prácticos, asociándose á la revolucion científica que se opera sobre ella, es conducida por la fatalidad de la esperiencia á una práctica menos esclusiva que

(1) Max. Simon: Deontologia médica: traduccion española, pág. 119.

aquella que la teoria pura prescribe. Si el sentido comun, como inspiracion espontánea de la conciencia, es infalible cuando se ocupa de las cuestiones que importan más al cumplimiento del destino humano, la misma facultad, volviéndose hácia las cuestiones prácticas de la ciencia, bebe en la observacion las enseñanzas positivas que legitiman las aplicaciones de la terapéutica.»

Examinadas solo en bosquejo las relaciones que unen entre sí el arte y la ciencia, menester es, que para los adelantos de una y otra manifestemos, aunque tambien de un modo rápido, la manera de evitar los errores numerosos en que cayeron nuestros antepasados y que la historia nos enseña.

El primer paso que las ciencias naturales y la Medicina en particular necesitan, es segun hemos dicho, la observacion de los hechos y de sus circunstancias; los síntomas, pues, de las enfermedades, han de ser observados con la mayor atencion, con la mayor imparcialidad, con sentidos perfectamente dispuestos y acostumbrados á la observacion. En esta primera parte del largo camino de la ciencia, es de necesidad absoluta el conocimiento prévio de la organizacion y de sus funciones, y con respecto á estas, y sin que entremos en los largos detalles que la materia ofrece, bástanos indicar que la Física y la Química son de necesidad absoluta para comprender ciertos fenómenos que tienen lugar bajo el influjo de sus leyes, aunque subordinadas á las de la vida. Recogidos los hechos del modo indicado, es necesario hacer uso de otras facultades al tiempo de apreciar la subordinacion y dependencia que entre sí tienen los diversos fenómenos del hecho observado, las causas simples ó múltiples que lo produjeron ó modificaron, y el modo como terminó: no es esto solo, sino que sin salir todavia de la esfera de los hechos aislados, es necesario, cuando es posible, formar juicio acerca del hecho considerado en su totalidad, ó lo que es lo mismo, acerca de su naturaleza tal como podemos apreciarla. Es de toda evidencia que las mismas operaciones de los sentidos y de la inteligencia tienen lugar cuando escuchamos los oráculos de la naturaleza, que espontáneamente se nos manifiesta; y cuando interviniendo nosotros directa ó indirectamente en la produccion de los fenómenos, la interrogamos y con más ó menos claridad nos responde. Con esto queda ya demostrado el error gravísimo de los que

afirman que la observacion y la esperiencia son la base esclusiva de la Medicina: error que se pone mas de manifesto cuando de los hechos individuales y separados, pasamos á su reunion y colocacion sistemática.

Si los hechos que la Medicina estudia se consideraran aisladamente, no existiria la ciencia, porque segun dijimos al principio, uno de los caracteres de las verdades científicas es la *universalidad*, no siendo posible la ciencia de lo singular. Es pues necesario reunir comparándolos entre si los hechos semejantes; tomar lo que en ellos hay de comun, formando *tipos* ó nociones generales sobre las que puedan establecerse consideraciones de la misma índole. Ya se comprende el inmenso interés de esta operacion intelectual á la vez que las grandes dificultades de su ejecucion. Además de las que se refieren á los hechos individuales y que ya hemos apuntado, surgen en este punto obstáculos, que no siempre se pueden superar; y si á esto agregamos el otro carácter científico de que tambien hemos hecho mérito: la *necesidad*, á la vez que las dificultades acrecen, se esplican los numerosos errores que la historia nos enseña. Las leyes de la naturaleza, en virtud de las cuales siempre que obran ciertas causas en circunstancias idénticas, han de presentarse los mismos efectos, nos ofrecen la seguridad, de que cuando veamos repetirse los mismos efectos, han de haber obrado las causas con ellos enlazadas y vice versa. Esta clase de verdades son las que los filósofos llaman hipotéticamente *necesarias*, y para darles nosotros el carácter de tales, es necesario además de lo ya dicho, que los hechos se repitan del mismo modo cierto número de veces; porque asi como de lo particular no se dá ciencia, como decíamos antes, tampoco de los hechos transitorios puede darse, segun sentia Platon cuando dijo: *fluxorum non est scientia*. Ahora bien, si los hechos no se han repetido suficiente número de veces; sino se ha podido ó no se ha sabido descomponerlos en sus elementos; si no se han reunido de un modo conveniente para formar con ellos el *tipo* ó noción general, se comprende bien que muchos sistemas médicos han usurpado el nombre de tales por pecar precisamente contra los preceptos que vamos recorriendo; y cómo desengañados muchos médicos de tales errores, han llegado á proclamar la herejia científica de que la observacion y la esperiencia solas, re-

feridas á los hechos, bastan para formar el edificio de la Medicina.

Si sistema es sinónimo de colocacion ordenada de conocimientos enlazados entre sí, y sin esta colocacion ordenada queda demostrado que no es posible la ciencia, fuerza será, Señores, convenir en que la Medicina, como todas las demás, necesita de sistema, ó mejor dicho que la ciencia es esencialmente sistemática: siendo preciso en tal caso rechazar los sistemas médicos que con tal título usurpado se presentan, precisamente porque no lo son; atento que no se han formado teniendo presentes las consideraciones que vienen espuestas. Mala observacion y maljuicio de hechos poco numerosos; reunion forzada de los que siendo desemejantes, no pueden agregarse; formacion de ideas con pretension de generales y que quizá son solo la espresion de unas pocas escepciones; hé aquí lo que por error de entendimiento las mas veces, y por perversion de voluntad alguna, ha dado origen á sistemas de duracion tan efimera quizá como la vida de sus autores. Por lo demás, y conviene repetirlo, los sistemas, las teorías y aun las hipótesis no están ni deben estar escluidas de las ciencias: quitad las hipótesis de algunas de ellas y desaparecerán: suprimid la hipótesis de la gravitacion universal con todas sus consecuencias y aplicaciones, y el caos reemplazará á una de las mas bellas partes de nuestros conocimientos. Observemos, pues, los fenómenos, primero en sí y en sus relaciones, reunamos solo los análogos, elevémonos generalizando, y con ellos formemos tipos generales; adquiridas estas nociones podremos prever lo que sucederá cuando se repitan hechos semejantes, y tendremos de este modo las leyes que necesitamos: tendremos la ciencia.

Establecidas como quedan ya las relaciones entre la ciencia y el arte, y habiendo visto que este se encuentra al principio como origen de aquella y al fin como su consecuencia; habiendo tambien manifestado que las reglas del arte, en cuya virtud podemos prevenir curar ó paliar las enfermedades, son la causa de la escelerencia y elevacion de nuestro ministerio, claro es que en su ejercicio deberemos atender á dos objetos interesantísimos y por fortuna unidos con vínculos indisolubles: cuidar de la salud preciosa de nuestros semejantes, será el primero; contribuir á la perfeccion de la ciencia, el segundo.

Si decíamos que en los procedimientos que el arte emplea hay un gran fondo de verdades reunidas en el trascurso de muchos siglos, que han venido sucesivamente confirmándose, menester es, que distingamos en ellas algunas categorías. Hay las que tienen en su apoyo la experiencia constante; la teoría las explica y facilita multiplicando las aplicaciones: la acción de los antiflogísticos y de las preparaciones ferruginosas pueden servir de ejemplo. Otras se encuentran confirmadas por constante experiencia, sin que la teoría nos haya dicho sobre ellas cuanto es necesario, como sucede respecto de la acción de ciertos medicamentos semejantes á la quina y el opio. Si tratamos de estudiar á la cabecera de los enfermos estas verdades, veremos que pueden agregárseles todas las demás que les son análogas, y en su consecuencia, nuestra línea de conducta se encuentra claramente definida y manifiesta respecto de todas. Con relación á las primeras, aumentar cada vez más las relaciones entre lo que la experiencia enseña y la teoría explica: de este modo crecen, se multiplican y fecundan las aplicaciones prácticas; se ensanchan los límites con que las dudas nos cercan; estas se cambian en probabilidades; la probabilidad en certidumbre, y la seguridad y el acierto suceden á la vacilación y á la desgracia. Cuando en las segundas hallamos que no hay teoría ni hipótesis satisfactorias bastantes á explicarlas, tenemos todavía mucho que hacer para dar á nuestros procedimientos el grado de exactitud que apetecemos. En el estudio detenido y minucioso de las circunstancias de todos los hechos que se nos presentan, ó cuya manifestación provocamos, están seguramente los lazos de unión entre la causa y efecto que ignoramos y que deseamos conocer; y este estudio, nunca bastante recomendado á los médicos, conduce ciertamente á dos grandes resultados, uno inmediato respecto á los hechos observados, que se comprenden mejor, y mejor por lo tanto se dirigen; otro lejano, que se refiere á los hechos futuros, semejantes á los primeros, que se preven y se sujetan cada vez más á los dominios del arte.

Si queréis, Señores, que descendamos á aplicaciones prácticas, de esta doctrina general, encontraremos enfermedades, como las traumáticas, en donde la etiología es por lo comun clara, se pueden obtener por la anatomía y fisiología los principales datos del

problema patológico, y el terapéutico se resuelve tambien en ocasiones con la misma facilidad. Pero sin salir de las lesiones que el traumatismo desenvuelve, hallamos algunas en que vienen á complicar los problemas patológico y terapéutico ciertos elementos que se refieren á puntos fisiológicos no bien dilucidados, como muchos relativos al sistema nervioso, ó disposiciones individuales mas ó menos claramente previstas y conocidas, á causas de otro orden que con las primeras se reunen y combian, resultando de esto cuadros sintomáticos complejos, diagnósticos y pronósticos difíciles ó imposibles, terapéutica insegura é ineficáz. Consideraciones semejantes se pueden hacer relativas á lo que en los libros se conoce con el nombre de patologia quirúrgica: en muchas enfermedades en ella comprendidas, queda al arte por desgracia mucho que conseguir, y esto se conseguirá por los medios que vienen indicados: pues ya sabeis, Señores, que el vulgo de fuera y de dentro de la profesion yerra lastimosamente cuando juzga, ó mas bien cree, que en las cuestiones quirúrgicas, todo ó casi todo está averiguado fácil y resuelto. Crecen las dificultades y se aumenta la incertidumbre á medida que van siendo escasas las luces que la etiología presta; las que vienen de la anatomia patológica, semeyología y semeyótica, y por fin, cuando no está bien averiguado el modo de obrar de los agentes terapéuticos. En tropel acuden los ejemplos si se medita en esta clase de hechos, y en todos ellos, que son en verdad los mas frecuentes, existe siempre ancho y fructuoso campo para que el médico ensanche los límites del arte, reuniendo á la vez riquísimos materiales para la ciencia.

Por último: la esperiencia nos hace ver diariamente que el virus sifilítico infecta la economía de un modo especial; que las exhalaciones pantanosas producen las intermitentes, que las preparaciones quínicas y mercuriales triunfan de estos padecimientos. En ninguno de estos casos nos dice lo teoría todo cuanto se refiere á la relacion entre tales causas y tales efectos, y por tanto ignoramos á qué son debidos muchos hechos, que llamamos anómalos ó escepcionales, por no darles el verdadero nombre, que es el de defectos de nuestros incompletos conocimientos. Si pues hemos de llegar á comprender el conjunto de tales hechos y á reunir los que hoy nos parecen distintos, separando los que no deben

estar unidos; y en una palabra, si queremos hacer el arte mas provechoso y la ciencia mas exacta, no hay otra via que el estudio prolijo de cuantas circunstancias ó detalles próximos ó remotos se enlacen ó puedan enlazarse con estos hechos respecto de los cuales no existe otra cosa que empirismo.

■ Solo cuando existan adelantos positivos en estas diversas partes de nuestro arte, podremos lisonjearnos de presentarle con la exactitud universal de que carece, y solo con estos materiales bien ordenados y dispuestos se podrá formar algun dia un verdadero sistema médico, que no sea como los que pasaron, espresion incompleta y equivocada de hechos incompletamente conocidos y torcidamente interpretados.

■ Decíamos al empezar nuestro trabajo, que la escelencia y elevacion del ministerio del médico imponian á este deberes morales, que tomando origen donde todos los de los demás hombres, eran sin embargo especiales, por ser diversas y muy variadas las circunstancias en que el médico ejerce su noble profesion; multiplicadas y distintas las relaciones en que con los demás hombres se halla colocado. No es esta la ocasion oportuna, ni mis escasas fuerzas podrian añadir nada á los preciosos tratados de moral médica que poseemos; pero sí juzgo oportuno hacer algunas indicaciones que terminen el cuadro que me habia propuesto trazar, manifestando con brevedad las bases en que deben apoyarse nuestras acciones como médicos para cumplir dignamente con nuestro elevado ministerio.

■ El sentimiento del deber en que nos encontramos de hacer á nuestros semejantes todo el bien que á nuestra esfera corresponde, realizando así la parte del bien que por la divina Providencia nos está encomendada, es el principal móvil que nos ha de guiar, y el que únicamente puede sostenernos en la lucha continua con las malas pasiones que hemos de sostener. El amor del hombre por Dios, la *Caridad*, es nuestra primera obligacion, pauta y norte de todas las demás. El propio interés, legitimo deseo impreso tambien por Dios en el corazon del hombre, no está en contradiccion con tal mandato, antes bien es el mismo con relacion á nosotros, y el tipo al cual debemos ajustar aquel.

■ El sentimiento de la compasion que naturalmente nos inspiran

las desgracias de nuestros semejantes, y entre ellas la enfermedad es un móvil capáz de dirigirnos en la vida al traves de la azarosa práctica de nuestro arte; pero el amor al hombre por el hombre privado de la elevacion y grandeza de la caridad, que mira á Dios como primero y principal objeto, no basta á sostener nuestra frágil virtud, y solo podria servir para conservar á la altura de su mision á seres muy privilegiados.

— Cuando las verdades de una ciencia no son inmediatamente aplicables á la vida eterna y temporal del hombre y su salud física ó moral no puede depender de ellas, las inteligencias elevadas que crean vastas concepciones ó imaginan hipótesis brillantes, por mas que tengan el deber de encerrarse en los limites de lo bello, lo bueno y lo verdadero, no incurren en grave responsabilidad moral traspasándolos, y sus errores se corrigen con el trascurso del tiempo á espensas de su gloria; pero cuando como sucede en nuestra ciencia, las teorías y sistemas científicos dan vida á procedimientos de un arte, cuyo terreno es el cuerpo del hombre, no es posible contemplar sin estremecerse los desastrosos efectos del error, que partiendo de encumbradas inteligencias, estiende sus negras alas sobre la dócil multitud. ¡Cuán inmensa es, Señores, entonces la responsabilidad moral de los que, abusando de su clara inteligencia y estimulados por la ambicion, el interés ó pasiones menos nobles, se dejaron arrastrar á establecer como verdades demostradas los engendros de su acalorada fantasía, ó lo que es peor aun, faltando voluntariamente á la verdad de qué debieron ser los fieles y avanzados centinelas. ¡Ojalá que esto solo fuese una suposición que las páginas de la historia no nos presentara realizada con aterrador frecuencia!

Este mismo hecho, repetido todavia en nuestros dias, en que parece haberse verificado en el santuario de la ciencia una irrupcion de falsos profetas, desvergonzados embaidores ó fanáticos ilusos, impone el estrechísimo deber á los que ocupan altas posiciones científicas, de buscar estos errores voluntarios ó involuntarios, y destruirlos en su cuna, librando así á los incáutos de ser sus inocentes víctimas. Nada hay pequeño, nada indiferente cuando se trata de dar al hombre la salud y la vida: si hay claras inteligencias y almas templadas fuertemente, en quienes los errores no pueden

hacer mella alguna, anda por desgracia escaso el sentido comun, y es preciso despertarle; escasos los hombres de verdadera ilustracion, y es preciso pensar por ellos; numerosos los entendimientos que se mudan á todo viento de doctrina, y es preciso fijarlos.

Los que trabajamos en mas limitada esfera, y nuestra mayor gloria es salvar la vida del que se confia á nuestro cuidado, reuniendo cuando más, como oscuros obreros de la ciencia, materiales para elevarla, tenemos tambien graves deberes, no siempre fáciles de cumplir, no siempre claros de determinar. No voy á hablarlos, Señores, de los deberes, digámoslo así, vulgares, que la moral menos escrupulosa terminantemente prescribe: creeria ofenderos si á tanto descendiera. Unicamente me propongo indicar algo de lo mucho que se necesita para conducirnos por el proceloso mar de la práctica del arte, evitando sus escollos.

Que el médico debe procurar instruirse desde que empieza hasta que concluye la larga carrera de su benéfica mision, y que con el mismo esmero que á ella aplica, debe emplearse en obsequio de sus enfermos, son preceptos bien sabidos y que no necesitan recomendacion; pero lo que sí la necesita en mi humilde juicio, es el que prescribe como móvil de nuestros sacrificios la caridad cristiana.

Solo esta celestial virtud puede encender en el alma del médico el fuego sagrado que necesita para iluminar sus pasos al procurar el bien de sus semejantes; solo ella puede recompensar de un modo debido sus esfuerzos y diaria abnegacion, y darle fortaleza y valor para arrostrar los tiros de la ingratitud de la sociedad y de los individuos; solo ella puede darle bastante estímulo para tantos afanes y desvelos como se necesitan para llegar á saber algo; y solo ella por fin puede combatir de raiz el escepticismo engañoso que especula villanamente al prescribir remedios, y la mortal tristeza y desaliento que se apodera de todo aquel que, proponiéndose fines menos elevados en el ejercicio del arte, se vé burlado mas ó menos pronto en sus quiméricas esperanzas. El que sienta en su pecho esta divina pasion, como la llama el tierno cantor de *Los Mártires*, estará siempre seguro de que obra bien, y esta seguridad le dará la calma y el valor, la alegría y la esperanza, sin las cua-

les su vida será solo una cadena de infortunios y su inteligencia un terrible caos de dudas y de errores.

El tener siempre á nuestra vista este objeto final y primero de nuestras acciones es la única manera de encontrar reglas seguras de conducta en las ocasiones mas difíciles; la tranquilidad de ánimo necesaria para observar y juzgar con acierto; la prudencia y circuspeccion en el uso de ciertos remedios de acción enérgica; y por fin el valor tranquilo con que el médico sacrifica diariamente en obsequio de sus semejantes su reposo y su salud, su vida y hasta su honra.

Toca ya á su término mi desaliñado trabajo: habeis visto cómo la ciencia médica existe, supuesto que tiene verdades *generales* y *necesarias* y se distingue en ella tambien el carácter de la *prevision*, inmediato origen del arte: hemos examinado despues el objeto de este, fundamento de sus excelencias y dignidad, y origen á la vez de graves y trascendentales deberes. Hemos visto el origen de los errores y la causa de que la Medicina, ya como arte ó como ciencia, se halle en algunos puntos distante de la perfeccion, y hemos señalado los medios de adelanto de que es susceptible. Por último hemos apuntado el móvil principal que debe dirigirnos en nuestra conducta, para que sean ajustados á la moral todos nuestros actos.

Como habeis podido advertir, nada nuevo he puesto á vuestra consideracion; nada que no esteis acostumbrados diariamente á practicar: pero así como los guerreros despues de sus victorias se reunen solemnizándolas, y al renovar su memoria se preparan para nuevas lides; así nosotros, reunidos en esta solemne inauguracion, recordamos con placer nuestros timbres gloriosos y azarasas empresas: nos fortalecemos contra los peligros que al continuarlas nos esperan, y cual bravos marinos que al concluir una larga expedicion refieren en torno del tranquilo hogar sus largas y peligrosas correrias, nosotros, agrupados en torno de la ilustre corporacion á que pertenecemos, contamos nuestros azares y nuestros triunfos, aprestándonos á recoger nuevos laureles.... He dicho.

書來

